

Título: Corazón de bronce

<<Cuando la leyenda se convierte en realidad, imprime la leyenda>>.

John Ford, *El hombre que mató a Liberty Valance* (1962)

Julián sabía que la tierra y todas las criaturas que la habitaban ardían en deseos por devorarlo. Su cuerpo, rígido y espectral, se había convertido en una carcasa vacía que esperaba su turno como si fueran las sobras del pavo de Nochebuena en el mantel de los ricos. Los ojos, abiertos como ventanas al infinito, hablaban de sufrimiento, injusticia, hambre y guerra; el viento helado arrastraba tierra y escombros que comenzaban a cubrir el rostro del muchacho borrando su nombre de las páginas de la vida. De repente, un minúsculo rayo de luz ilumina el rostro del joven y un aliento débil parece salir de entre sus labios sellados. La nariz se mueve, son pequeños espasmos, estertores minúsculos casi imperceptibles, que recuerdan el viejo acto de la respiración. Algo asoma tímidamente por la oscuridad de sus fosas nasales y comienza a abrirse paso hacia el exterior. En ese instante, del resto de cavidades surgen nuevos gusanos; cientos, miles de ellos... manojos de alimañas que se extienden como una plaga por el rostro de Julián, comienzan a devorar su carne tierna y virgen.

El muchacho se despierta de golpe con el tronar de unas balas perdidas, pasea las manos por su cara y tras unos segundos de inspección, respira aliviado el final de la pesadilla. Sin embargo, la dureza del mundo real pronto vuelve a su consciencia; hace apenas un mes que tiene esos horribles sueños, quizá sean premoniciones o visiones del futuro que le espera, Julián no lo sabe ni tampoco le interesa. Desde que el bombardeo se llevó por delante la vida de su hermana Concha, cada noche esas imágenes se apoderan de su mente. El cuerpecito de la niña, de apenas siete años recién cumplidos, quedó atrapado por los escombros de una casa en la calle San Juan. Sin figura paterna desde que era un crío, Julián debe ocuparse de propiciar consuelo a una madre que deambula por la casa como un fantasma, arañando los recuerdos de una hija asesinada y con el temor de que esa mísera contienda termine por arrebatarle también la vida del hijo que le queda.

Con tan solo quince años, Julián ha visto más sangre, muerte y violencia que muchos soldados en el frente, por esa razón no le sorprende cuando aquella mañana blanca de finales de febrero se cruza con dos milicianos que bajan por la calle del Tozal

persiguiendo a una mujer. El muchacho se esconde detrás de una de las columnas que flanquean el porche de la plaza del Torico, aguardando a que pasen de largo. En un alarde de velocidad, quién sabe si movidos por el combustible de la lujuria, los hombres logran alcanzar a la mujer que con la cercanía, ha ganado en belleza y ha perdido años. <<Es tan solo una cría>> se sorprende Julián, calcula que no debe tener más de trece o catorce años. Los soldados han conseguido acorralarla frente al Banco de Aragón que como el resto de locales de la plaza, parece abandonado. El rostro de la niña se ve velado por el continuo vaho que sale de su boca, respira con dificultad, sin duda agobiada por la persecución y el terror al encontrarse frente a esos dos monstruos.

Julián decide aprovechar el momento para dar media vuelta y escapar de la escena, a buen seguro que esos dos milicianos no querrán tener testigos de por medio. Comienza a andar con cuidado de no hacer demasiado ruido, tarea difícil teniendo en cuenta la gran cantidad de cascotes y escombros que han quedado sepultados bajo el manto de nieve que cubre el pavimento. El chico asciende por la misma calle por la que un minuto antes se producían las carreras y no puede evitar echar la vista atrás, la estampa le hieló la sangre: han conseguido someter a la pobre chica, la retienen tumbada en una esquina de la fachada y uno de los hombres está sobre ella mientras el otro la sujeta desde detrás.

<<No puedes hacer esto... Julián... no puedes huir>>.

—¡Callaaaaa!—El muchacho se tapa los oídos, no quiere oírlo... es la voz de su hermana exigiéndole cordura, sabe que tiene razón pero no quiere... no sabe cómo... — ¡¿Qué puedo hacer yo?!

Los chillidos de la muchacha son sofocados por uno de los milicianos que la agarra del cuello y la amenaza con una navaja. Los rostros de los soldados arden de deseo ante el placer prohibido y lenguas juguetonas humedecen constantemente sus labios. La joven intenta resistirse, llora, patalea, pero su fragor se detiene cuando nota cómo la navaja hunde su filo unos milímetros en su carne y derrama una preciada gota de sangre. Le separan las piernas a la fuerza; uno de esos animales comienza a desabrocharse el cinturón decidido a cobrarse la pieza que han cazado. Un grito a sus espaldas, una voz aguda y temblorosa, hace que ambos hombres se den la vuelta y busquen en la solitaria plaza el origen de la interrupción.

—¡He dicho que la dejéis!—Julián les apunta con un fusil. Su pulso incierto no lograría asustar ni tan siquiera a un niño de teta, pero demuestra enorme mérito intentando sacar valor de un cuerpo famélico más acostumbrado a lidiar con la ansiedad y el miedo. El chico ha llegado con sigilo y ha alcanzado los dos *Mauser* que los hombres habían abandonado despreocupadamente en un rincón, sin duda, cegados por los latidos de sus entrepiernas.

El miliciano de la navaja se levanta con las manos en alto e intenta disuadir a Julián para que baje el arma.

—¡No te muevas!—insiste el joven.

—Tranquilo niño... eso no es ningún jugueteo...

Julián vuelve a repetir el aviso pero el soldado parece decidido a pasar por alto sus amenazas. El muchacho está aterrado, no contaba con esto; la realidad es que en ningún momento se había planteado otra estrategia más allá de arrebatárles los fusiles... <<¿*Qué debo hacer?*>>. Mira de reojo a la chica y su visión, fugaz y horrorizada, le insta a llevar su heroicidad hasta las últimas consecuencias. Amartilla el arma y el *clic* metálico del percutor produce un trueno que amplifica su sonido por toda la plaza. Julián y el miliciano miran extrañados el arma, asombrados de su potencia y se sorprenden cuando una lluvia de cascotes y fragmentos de piedra comienzan a rodar sobre sus cabezas. El suelo tiembla y nuevas explosiones delatan el origen de su procedencia. Entre el humo y el polvo, Julián mira al cielo y lo ve rasgado por las siluetas de aviones de ataque. Un nuevo bombardeo se dispone a sepultar las migajas del Teruel que queda en pie y con él va a llevarse por delante la miseria que les mantiene con vida. Inesperadamente, el muchacho se siente ligeramente conforme, después de todo, la vida no es esto..., no puede reducirse a ver cómo dos desalmados intentan violar a una niña mientras el resto del mundo cierra las ventanas, dando la espalda al horror.

Como si el mazo de dios golpease a sus pies, la plaza parece elevarse y su movimiento derriba a Julián. El chico queda tendido de espaldas a la nieve tras golpearse la cabeza con un bloque de metal forjado que ha caído al suelo. Un manto oscuro comienza a arrojarse y le devuelve su propia imagen reflejada en una pantalla de cine. Esta película se la sabe de memoria, cada noche, cada maldita noche le persigue en

sus sueños: ahí está él, tendido sobre el suelo, su cuerpo pálido, rígido... muerto. Sus ojos permanecen abiertos, ajenos a la vida, ni siquiera parpadearán cuando la tierra comience a cubrir su rostro. Más tarde aparecerán los gusanos... cientos, miles de asquerosas criaturas dispuestas a reptar por la máscara roja y cruda en que se convertirá su cara. <<Un momento>>. Julián se sorprende, algo extraño está ocurriendo, este sueño parece diferente... los insectos no están. De repente, ese rostro que hasta hace un segundo parecía muerto gira noventa grados a su derecha para encontrarse con la pureza virginal de la chica que ha intentado salvar. Ella le mira con dulzura, le acaricia la frente, aparta sus cabellos apelmazados y sucios convirtiendo ese sueño en el lugar donde querría quedarse a vivir para siempre. La joven le habla, intenta decirle algo; al principio es tan solo un rumor en los oídos de Julián, una melodía lejana pero poco a poco, su voz va aclarándose y se hace cada vez más potente y diáfana.

—¡Chico... chico! ¿Estás bien?—La muchacha, preocupada, intenta despertar a Julián. El joven regresa del mundo de los sueños para encontrarse cara a cara con la belleza de la chica. Por primera vez contempla su rostro y desde ese instante, es consciente de que no hay nada que desee con más intensidad que pasar el resto de sus días junto a ella.

Julián se levanta y sacude los cascotes de sus ropas. La cabeza le duele horrores y un pequeño chichón corona su frente.

—Yo soy Elena... no sé cómo podría agradecerte lo que has hecho... Ellos me seguían, querían... —Julián la interrumpe justo cuando los ojos de la muchacha comienzan a brillar, acuosos.

—Tenemos que irnos de aquí, hay que ponerse a cubierto. —En ese instante, el chico se acuerda de los dos milicianos; busca cerca del porche con la mirada y enseguida encuentra sus figuras; el primero de ellos, el que se había enfrentado a Julián, está tumbado boca abajo cubierto de piedras y ladrillos, sin duda, conmocionado por la explosión. Cerca de él ve al hombre que había intentado violar a Elena. El cuerpo conserva su antigua posición, los pantalones por los tobillos y arrodillado en el suelo, de no ser porque una estaca de metal le atraviesa la espalda, Julián hubiera jurado que ni siquiera se había enterado del bombardeo.

Echan un nuevo vistazo alrededor y el bulto de metal que encuentran a sus pies, el mismo con el que Julián se ha golpeado en la cabeza, cobra una forma reconocible a sus ojos. La columna de la fuente se ha rajado con la explosión y el Torico, el emblema de la ciudad, ha caído violentamente al suelo. Los dos jóvenes miran absortos aquella figura de bronce, sus formas parecen hipnotizarles. Toman una determinación: deben ponerla a resguardo.

Julián, a pesar de su frágil apariencia, ha heredado la fuerza bruta de su padre. Arquea sus piernas y toma impulso con todo el cuerpo para levantar la escultura. Aquel pedazo de metal debe pesar más de cincuenta kilos, pero el muchacho logra acarrearlo como si fuese un pequeño puñado de piedras. Tan solo ha avanzado unos pasos cuando una voz, salida del mismísimo infierno, le grita desde una montaña de escombros. Los ojos de los jóvenes van a salirse de sus orbitas, sus cabezas siguen la sombra lobuna que se acerca; parpadean varias veces y la figura del miliciano que ha sobrevivido, toma cuerpo ante ellos. Se planta a pocos metros y les apunta con el fusil. Sin mediar palabra, el hombre coloca el arma en posición, decidido a abrir fuego.

Un disparo resuena por los porches de la plaza, después... silencio. Tras unos segundos, Elena y Julián se miran perplejos el uno al otro en busca de heridas. ¿Están soñando?... o peor... ¿han muerto? En ese instante, bajan la vista a sus pies y se percatan del milagro. El cuerpo sin vida del miliciano ha caído en la nieve, un hilo de sangre brota de su frente, mientras sus ojos muertos se entretienen descifrando el vacío.

Julián no es consciente pero tiene la espalda curvada por el peso de la escultura, la deja en el suelo. Sus manos palpan el bronce del Torico, no puede creerlo; recorre los surcos dictados por el orfebre deteniéndose al llegar al cuerno derecho, frota sus dedos en el lugar justo donde ha rebotado la bala y sonrío al futuro.

Han pasado ochenta y un años de aquel día. Desde entonces, no había vuelto a estar tan cerca de la escultura y de no ser por las insistencias de mi hija, jamás me hubiera subido a una grúa para fotografiarme junto a ella con mi eterno *pañuelico* rojo. Miro su morro, los pequeños cuernos, sus ojos... Mis manos, arrugadas y sembradas de manchas, disfrutan acariciando la suavidad del metal macizo; por primera vez desde hace tiempo, mis temblores no se deben al *parkinson*. Pocos conocen nuestra historia pero ese día volvimos a nacer gracias al Torico. Como en aquel sueño, giro mi rostro noventa grados y Elena, agarrada a mi brazo, me sonrío con dulzura.